EL

BARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

José Peón y Contreras

Representado
por primera vez con extraordinario éxito en el «Teatro Rubio» de Mazatlán,
la noche del 13 de Marzo de 1886

EDITOR: JOSÉ V. CASTILLO

MÉXICO
IMPRENTA DE JOSE V. CASTILLO, MIRADOR DE LA ALAMEDA, 5

1890

Á FRANCISCO GÓMEZ FLORES

Mérida, Febrero de 1886.

MUY QUERIDO AMIGO:

CUANDO dí á la escena, hace ya algunos años, mi drama "VIVO Ó MUERTO" después del éxito que, gracias á mi buena suerte, no dejó de ser ruidoso, tuve el gusto de dedicárselo á vd.

Pero cuando se imprimió, pasado algún tiempo, en 1883, por omisión del Editor sólo apareció al frente de la obra el nombre de vd. y eché de menos algunos renglones que mi cariño y mi gratitud habían dictado.

Contraje, pues, desde entonces y para conmigo mismo, una deuda cuya existencia era ignorada por vd.

Y como tarde ó temprano es natural que todo hombre que se precia de honrado pague sus deudas, se llega, al fin, el momento de saldar mi cuenta, y le envío á vd. á ese puerto de Mazatlán, donde reside, esta resmilla de papel que no vale tanto como el "moneda," pero que con todo y valer menos, yo sé que vd. ha de estimarlo en mucho más.

En este papel está escrito «El Bardo,» leyenda dramática más bien soñada que pensada, escrita en breves días, al correr de la pluma, mal perfilada acaso; pero profundamente sentida, puesto que, gracias á Dios, para sentir hondo no se necesita á veces más tiempo que el que se emplea en asomarse al borde de profundísimo abismo, y sorprender, allí donde no se ve nada, todo un mundo de sensaciones desconocidas, de ideales fantásticos y deleitosos terrores.

Algo semejante hay en «El Bardo,» en el fondo de sus ensueños de amor, ensueños creados por el idealismo más puro en medio de las brumas del presente y las tenebrosas nieblas del porvenir; brumas y nieblas heridas á trechos por luminosos rayos que el sol hermoso de la esperanza envía desde la inmensa altura del cielo azul del arte; el arte que es para mí la nave en que navego acompañado de mi pobre arpa, rica en sonidos, sonidos emanados de un ideal que tiene forma de musa, musa que tiene alma de mujer, mujer que tiene, ya contornos de hada y angélico espíritu, ya voz de poetisa excelsa inspirada en la cumbre del parnaso donde cantan en coro los querubes.

Si le parece á vd. esto que acabo de escribir incomprensible, no lo vuelva vd. a leer; pero yo no lo puedo borrar, porque ya lo escribí. A veces se me va la pluma como el taco á los jugadores de billar, y allá va el marfil rodando á topar donde topare!

Haga vd. estrenar mi drama en Mazatlán; procure vd. que el público que respira en el corazón de esa sirena que acaba de asomarse como por encanto, á la orilla del Océano Pacífico, y que para no abandonarlo por completo parece que áun deja remojar en él su vesta orlada de perlas y de espumas, me juzgue con venevolencia en cambio de mis simpatías.

Dígale vd. que yo no aspiro más que á regocijarlo unos minutos, que yo no pertenezco á los sectarios del

drama y de la comedia docentes, que yo no he pasado nunca ni por las puertas de la escuela normal de profesores dramáticos, ocupados en resolver los grandes problemas sociales con los pequeños problemas de la vida íntima del hogar, ó con las pequeñas pasiones de la vida íntima de un corazón!

Dígale vd. que yo procuro arrojar al papel lo que otras veces he creido que podía pensar ó sentir, lo que tal vez ahora siento y pienso, lo que soñado ó real se agita dentro de mí, como se agitan las olas de ese mar que adormece con sus rumores al pueblo mazatleco.

Dígale vd. que escribo los celos y el amor tales como todos los sentimos: con sus ilusiones, sus ensueños, sus esperanzas y sus luchas con el imposible; con sus momentos de altivez, de despecho, de debilidades, de errores, sus triunfos y sus reveses, y que se los engalano de poético estilo para que halague sus sentidos y se los visto de truza ó de chambergo para que recree su vista; pero que coloquen su mano debajo de sus basquiñas modernas, las damas, ó debajo de las solapas de sus levitas los caballeros, y que me digan si no son sus corazones los mismos que yo hago palpitar sobre las tablas del escenario.

Y vd., que siempre ha amado mis producciones, que me ha defendido, alentándome, y que con la energía de un titán me ha salvado de los naufragios de la crítica, reciba, no en cambio de sus elogios y de sus benévolos juicios, porque las flores del talento no se cambian; reciba, digo, como una demostración de mi reconocimiento las escenas de esta obra, por especial y privado motivo la más querida de las que hasta aquí salieron de mí, á ver la luz del mundo literario.

José Peón y Contreras.

PERSONAJES.

Alaida, *Beatriz* (dueña),
Susana, *Amorel*, *Juan Robreño*, *Ginés*.

LA ESCENA EN UN CASTILLO FEUDAL.
EDAD MEDIA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

Salón lujosamente amueblado.—Arco en el fondo; balcón á la derecha; á la izquierda dos puertas; en el fondo una galería que corre horizontalmente.—Es de noche, en hora avanzada.

ESCENA I

Robreño, Ginés.

(*Ginés con el sombrero en la mano, con espuelas y como quien acaba de llegar de un largo viaje.*)

ROBREÑO. Mucho tardaste.
GINES. Ya ves
Que antes no pude venir.
ROBREÑO. Lograste al cabo adquirir
Noticia alguna, Ginés?
GINES. Lo de siempre.
ROBREÑO. Estoy sin norte.
¿Qué será de nuestro dueño?
GINES. Nadie lo sabe, Robreño,
Ni en la calle ni en la córte.
ROBREÑO. ¿Y en buscarlo te empeñaste?

GINES. Dile al mundo todo enojos,
Con la lengua y con los ojos,
Mas no hay empeño que baste!

ROBREÑO. [Con disimulado acento de falsedad].
¿Por qué con duros rigores
Lo aleja el hado fatal,
Del castillo señorial
En que duermen sus mayores?

GINÉS. Un lustro entero hace ya!

ROBREÑO. Un lustro entero ha corrido!

GINES. ¡Y quién lo hubiera creído!

ROBREÑO. [Con acento particular.]
Algún día llegará!
Llegará sin duda alguna.

GINES. Debe ser si el cielo es justo.

ROBREÑO. Y en este alcázar vetusto
Se alojará la fortuna.

GINES. Lo volveremos á ver
Como en la noche de bodas.

ROBREÑO. Desde aquella noche, todas
Son sin sueño y sin placer!

GINÉS. Todas lúgubres, sombrías,
Como noches sin estrellas.

ROBREÑO. Y cada vez llegan ellas
Con nuevas melancolías! [Se hace á un lado separándose de Ginés sin pensarlo, como arrastrado y dominado por su preocupación.
(Aparte.) Cada vez con menos calma
¡Y ni se agota ni pierde,
Ni lo que aquí me remuerde
Ni lo que me quema el alma!
Este fantasma de horror,
Esta informe pesadilla,
¡Diabólica maravilla
De los celos y el amor!

Siempre cebándose en mí,
Siempre juntos, siempre unidos.....
¡Y su acento en mis oídos....!
—Ya no más!—Ay! Siempre allí
Tu belleza singular,
Y siempre el brazo sujeto
Al espantoso esqueleto....
¡Y en las gradas del altar
Donde el cielo los unió,
Donde con mi duelo eterno,
Con la ayuda del infierno
Mi poder los desligó!

GINÉS. (Después de mirar fijamente á Robreño sin comprender lo que le pasa.)
¡Cuando digo que está loco! (Aparte.)

ROBREÑO. (Volviendo en sí.)
Ginés!

GINÉS. Qué tienes, Robreño?

ROBREÑO. Ya te dije, ¡es como un sueño!

GINES. ¿Pero te duermes?

ROBREÑO. Un poco.
Mejor dicho, no lo sé,
No sé, Ginés, lo que siento,
Que me turba el pensamiento.
Otra ocasión te conté
De este fenómeno extraño,
Y á fé que me da tristeza
Sentir esto en la cabeza.
¡Me hace, Ginés, mucho daño!

GINES. Es el inmenso cariño
Que tuviste á mi señor.

ROBREÑO. ¡Que tengo!

GINES. Razón mayor.

ROBREÑO. Se lo tuve desde niño.

GINES. Eso es, que creció á tu lado.

ROBREÑO. Aquí mismo, en esta tierra,
Y fué conmigo á la guerra
Más tarde....¡Qué denodado!
¡Qué valeroso! ¡Qué audaz!
Aun batallando estaría
Si para fortuna mía
Viviera el conde de Ordáz,
Su viejo padre....Murió
El anciano y al volver
Mi señor, la dió en querer....
En querer....y se casó
¡Se casó!....no hablemos de eso,
Basta ya, Ginés, ya basta!
La fortaleza se gasta....
¡La mía!....te lo confieso.
No es posible que recuerde
De esos tiempos ¡no es posible!
¡Se siente una cosa horrible
Cuando la razón se pierde....!

GINES. Sí, sí tal.. Y dí ¿en mi ausencia
Se recobró mi señora?

ROBREÑO. Es como entonces ahora,
Es la misma su existencia.
En ese balcón de día,
De noche en ese balcón,
Y la misma extenuación
Y hasta más melancolía.

GINES. ¿Más, Robreño?

ROBREÑO. Mucho más.
Crece su tormento y crece
De tal modo, que parece
Que no acabará jamás.

GINES. Como el mío!

ROBREÑO. (Con profunda cólera y oprimiendo el brazo de Ginés.)

¡Y como el mío!
¿Acaso piensas, Ginés,
Que no sufro? ¿No me ves?
¿No ves el dolor impío
Asomarse á mi semblante?

GINES. ¡Por la pila del bautismo,
Que volvemos á lo mismo
Que tuviste hace un instante!

ROBREÑO. Tienes razón....es verdad....

GINES. Pues si así te descompones.

ROBREÑO. Te ruego que me perdones.
Otra vez la voluntad
Me faltó....mas ya ha pasado
¿Me perdonas?

GINES. Buena es esa....
¡Pues cómo nó!

ROBREÑO. (Viendo aparecer á Alaida.)
La condesa.

ESCENA II

Alaida, Beatriz, Robreño, Ginés.

ALAIDA. Oh! ¡Ginés! ¿cuándo has llegado?
Dí, contesta.

GINES. No hace mucho.

ALAIDA. No hables, no, que se retrata
En tu faz mi suerte ingrata
Y su triste acento escucho.
¿Con que es decir que no hay modo
De dar guía al paso incierto?
Es decir que todo ha muerto!
Que ya se ha perdido todo!
Que ante esta duda fatal

Se oscurece el cielo mismo,
Que de un abismo á otro abismo
Nos lleva el genio del mal!
Con que así su influjo trunca
Las horas de mi existencia!
¡Con que es eterna su ausencia!
¡Con que no ha de volver nunca!
¡Pobre conde! ¡suerte cruel!
¡Qué piensas, Robreño, ¿dí?
¡Por qué me miras así
Cuando estoy hablando de él?

ROB. ¿Yo, señora? Es natural....

ALAIDA. ¿Qué es lo natural? Responde.

ROB. Que al hablar del señor conde,
Que siendo la pena igual,
Que siendo igual el dolor,
Mitigando sus enojos,
Interrogue á nuestros ojos
Por mi dueño y mi señor.

ALAIDA. Tú después que yo le viste.

ROB. Ya mil veces os lo he dicho.

ALAIDA. Y ya lo ves y es capricho,
En decirlo el labio insiste
Y el oído en escucharlo
Y en pedirlo el corazón.
¡Y otra vez esta ocasión,
Vas otra vez á contarlo!

ROB. Entiendo que daño os hace.

ALAIDA. Pues es Robreño, lo extraño,
Que á veces hasta en su daño
El corazón se complace.
Tú mismo al pié del altar
Un recado le trajiste.

ROB. Es verdad.

ALAIDA. ¿Qué le dijiste?
ROB. No lo alcanzo á recordar:
Secreto que mi señor
Me dió á que guardase, á fé
Que yo jamás lo guardé.
¡Olvidarlo era mejor!
ALAIDA. ¿Y lo olvidaste?
ROB. Al momento.
ALAIDA. Al conde le oí decir
Que tú no sabes mentir.
ROBREÑO. Dijo bien, que yo no miento.
ALAIDA. De la capilla con él
Saliste junto.
ROBREÑO. Así digo;
Pero Ginés es testigo,
De esa puerta hasta el dintel (Señalando la del fondo.)
Partió solo desde allí.
¿Es verdad Ginés, ó nó?
ALAIDA. (A Ginés.)
¿Tú lo viste?
GINES. Lo ví yo.
ALAIDA. ¿Lo viste, Ginés?
GINES. Lo ví.
ALAIDA. ¿Y luego?
ROBREÑO. Es cosa sencilla
De probar, lo vieron todos
Me abrieron paso estos codos
Para entrar en la capilla.
Bajo su nave al cruzar
Vos me vísteis....
ALAIDA. ¡Puede ser!
ROBREÑO. Todos me vieron volver,
Todos me oyeron rezar
Cerca del ara.....

GINES. [A Robreño.]
Te ví
Detrás del altar después.

ROBREÑO. Porque lloraba, eso es
Que algo malo presentí;
Y al sentir los ojos rojos
Por las lágrimas ardientes,
Porque no vieran las gentes
Las lágrimas en mis ojos,
Me fuí señora, á ocultar
Pues dice el mundo ¡yo nó!
Que los hombres como yo
No las deben derramar.

ALAIDA. Dicen que después, Robreño,
Tornaste á salir de casa.

ROBREÑO. Me pasó lo que le pasa
Al que ha perdido á su dueño.

ALAIDA. Y que hasta el alba volviste.

ROBREÑO. Al conde buscando en vano
En la ciudad y en el llano.

ALAIDA. ¡Que estabas pálido!

ROBREÑO. Y triste,
Y huraño y seco y mohino
Y como debiera estaba,
Pues andaba y desandaba
Escudriñando el camino;
Y dí parte á la justicia,
Y la justicia barrunto
Que se enteró del asunto,
Mas sin adquirir noticia
Ninguna del conde, dió
Por terminado su empeño.

ALAIDA. Está bien, vete, Robreño.

Vete, Ginés.—Toma. (Dándole una pulsera de oro que se quita del brazo.)

GINES. ¡Yo!
Me herís, señora, cruel
Si juzgais un beneficio....

ALAIDA. (Dándole con insistencia la joya.)
Yo no te pago el servicio,
Te doy un recuerdo de él!

[Ginés toma la prenda y besa la mano á su señora. En seguida se marcha siguiendo á Rebreño que le aguarda en el fondo.]

ESCENA III

Alaida, Beatriz.

BEATRIZ. [Viendo la tristeza de Alaida.]
Siempre lo mismo señora,
Siempre igual.

ALAIDA. Hoy como ayer
Lo mismo tiene que ser,
Pues lo mismo ayer que ahora
Me negó el cielo alegría,
Y han de ser iguales males,
Cuando el uno al otro iguales
Son un día y otro día.

BEATRIZ. No es igual

ALAIDA. ¿Que nó?

BEATRIZ. ¡Que nó!

ALAIDA. Eres en verdad, cruel.....

BEATRIZ. Es que anoche ese doncel
Más que nunca se acercó.

ALAIDA. ¿Lo notaste?

BEATRIZ. Sí por cierto.

ALAIDA. Y en noche tan borrascosa
¿Vendrá?

BEATRIZ. Por cualquiera cosa
Lo jurara.
ALAIDA. Pues te advierto
Que esta noche le has de hablar
Y á todo estoy decidida.
Ya no es posible la vida
De tal modo soportar!
Ya no es posible, Beatriz,
Y quiero al fin escucharle.
BEATRIZ. Pues iré, señora, á hablarle
Y al fin ¿os veré feliz?
ALAIDA. ¿Feliz? ¡quién sabe! no sé.
BEATRIZ. Pues vos ¿no le amais?
ALAIDA. Yo, sí.
BEATRIZ. El también.
ALAIDA. Eso creí,
Y se ausentó.
BEATRIZ. Peró fué
Su ausencia breve; además
Es injusta vuestra queja,
Pues le cerrásteis la reja
Muchos dí.s.....
ALAIDA. Siempre estás
Defendiéndole.
BEATRIZ. Soy justa.
Y á fé que si no hizo bien,
Culpad señora al desdén
Que le mostrásteis adusta.
ALAIDA. Razón tenía....!
BEATRIZ. Es verdad,
Mas él ¿no tuvo razón?
ALAIDA. ¡Ah, corazón!
BEATRIZ. ¡Corazón!
A él le sobra y voluntad.

Lo dijo anoche sin calma,
En aquella triste endecha.

ALAIDA. ¿No es verdad que estaba hecha
Con las lágrimas del alma?
Beatriz, si no lo sentía....

BEATRIZ. ¿Qué hay en ello que os asombre?

ALAIDA. Si estaba mintiendo ese hombre
De tal manera mentía,
De tal manera llegaba
Hasta mí su dulce acento,
Cuando en las alas del viento
Su canción me enamoraba,
Que ya verdad, ya mentira,
Beatriz, para qué callar,
Necesito respirar
Con el aire que respira!
Necesito en mis enojos
Que ante mí sus ojos luzcan,
Y mi imagen reproduzcan
Los espejos de sus ojos.
Quiero en ellos penetrar
Para que una vez allí,
Busque el alma que perdí
O vaya su alma á buscar.
Pues que me robó la mía,
Es justo, Beatriz, á fé,
Que á mí la suya me dé
O me vuelva la alegría.
Que sin alma no ha de hallar,
O que me trate de suerte,
Que me vuelva con la muerte
La paz que he dado en soñar!

BEATRIZ. ¡Antes no tuvísteis paz!

ALAIDA. Afligida por el conde

Estaba yo, mas responde,
Responde: ¿viste en mi faz
Estas huellas de dolor?
¿Miraste acaso, en mi tez
Esta mortal palidez?
¿Viste en cien noches de horror
Esas lágrimas ardientes,
Que no sabe nadie en dónde
Su venero el hado esconde
Para lanzarlo á torrentes?
¿Lo viste Beatriz? ¿Lo viste?
¿Ni cuándo he sufrido así
Como estoy sufriendo, ni
Más desesperada y triste?
¿Te acuerdas?—La noble anciana
Que de mi niñez cuidó;
Te acuerdas que amaneció
En su lecho una mañana,
En brazos de la agonía,
En sus brazos, de tal suerte
Que vino á herirla la muerte
Con el albor de aquel día?
Fué Beatriz, tan ruda pena,
Honda, muy honda, sufrí,
Clavó sus dardos en mí,
Dejóme de angustia llena:
Pero pasó, fué su herida
Aleve y profunda y presta,
Pero ésta ¡jamás! ay! esta,
Esta Beatriz es mi vida.
Si sangra, por eso mismo;
Si cicatriza, peor....
Me está matando el dolor
Y sólo hay vida en su abismo!

El conde....! quién no lo sabe!
Jóven, necia y débil era,
Y aquí casi prisionera
Como en la celada el ave.
Dormía el amor en mí
Lo mismo que duerme un niño,
Al influjo de un cariño
Que no comprende; es así
Como seduce y halaga,
Pero aunque no se comprende,
El bienestar que nos vende
Ni se cobra ni se paga!
Amor que al salir un día
De aquel ensueño profundo,
Tendió las alas á un mundo
Que el alma no conocía;
Mundo en que río, en que lloro,
Encerrado aunque me asombre,
En la imagen de ese hombre,
A quien por desdicha adoro.
—¿Desdicha dije? así es;
Que es desdicha y hasta creo
Soñar, Beatriz, que lo veo
Morir de amor á mis pies;
Pero es un sueño no más,
Una mentira lo inspira,
¡Ay! y esa hermosa mentira
No ha de ser verdad jamás!
—Vienen Beatriz....! ¿Quién?

BEATRIZ. (Viendo á Ginés aparecer.)

Ginés.

ESCENA IV

Dichos, Ginés.

GINES. Con vuestra vénia.
ALAIDA. La tienes.
Cúbrete. Díme á qué vienes.
GINES. [Poniéndose la gorra.]
Una súplica.
ALAIDA. Házla, pues.
GINES. Perdonadme si confuso
No sé por dónde empezar,
Pues que pudierais tachar
De inconveniencia ó abuso
Lo que he juzgado deber.
ALAIDA. ¿Abuso? dí qué deseas,
Pues basta que así lo creas
Para que no pueda ser.
GINES. Como os ví desde pequeño,
Señora, crecer cantando,
Ahora que os miro llorando
Sufro y gimo, y es mi empeño,
Traeros nuevo placer,
Hacer por vuestra alegría
Lo que mi señor haría
Al miraros padecer.
ALAIDA. Por él sufro.
GINES. Perdonad,
Pero no lo pienso así.
ALAIDA. (Sorprendida y afectando serenidad).
¿Qué piensas, Ginés, de mí?
GINES. Si he de decir la verdad
Pienso....Pienso....
ALAIDA. Sin temor
Habla, que estoy angustiada.

GINES. Pienso que estais.... hechizada.
ALAIDA. ¿Hechizada?
GINES. Y que el dolor
Que os importuna y aqueja,
Es hechizo.
ALAIDA. ¿Sí?
GINES. Tal es.
ALAIDA. ¿Por eso crees Ginés....?
GINES. Que ni un solo día os deja
De paz y de alegre calma,
Ni horas ni instantes felices;
Que ese mal hecha raices
En el cuerpo y en el alma.
Lo sé porque ye he sentido
Y no una vez sola, dos,
Lo que estaís sintiendo vos.
ALAIDA. Eso al menos has creído.
GINES. ¿De mí sospechais doblez?
ALAIDA. Decir eso no es mi intento,
Pero este mal que yo siento
Sólo se siente una vez!
Una vez se ha de sentir
Para hacer, Ginés, lo que hace:
¡Una vez sola se nace
Y una vez se ha de morir!
Y esto que siento es la vida
Y es la muerte.
GINES. Igual, igual.....
Pues si no es un mismo mal,
Es dolencia parecida,
Porque eso mismo sentía:
Una inquietud tan horrible
Que explicarlo no es posible....
¡Quién explica la agonía!

Mataba y no me mataba;
¡Todo lúgubre y esquivo!
¡Y yo me sentía vivo
No más porque respiraba!
Pero sé, lo sé ahora,
Que se cura esa amargura.

ALAIDA. [Con mucha ansiedad.]
Y bien ¿y con qué se cura?

GINES. [Con natural y sencilla convicción.]
Con unas yerbas, señora.

ALAIDA. (Sorprendida.)
¿Con unas yerbas?

GINES. Ah! sí.

ALAIDA. ¿Y tú las tienes?

GINES. Susana.

ALAIDA. ¿Quién es Susana?

GINES. Una anciana
Que vive cerca de aquí,
La que me volvió la paz,
Viuda de Lúcas Albor,
Que fué montero mayor
Del Señor conde de Ordáz. (Descubriéndose.)

ALAIDA. ¿Y podrá venir?

GINES. Es claro:
Si quereis.

ALAIDA. Con el aliento,
Hoy mismo.

GINÉS. Vendrá al momento,
No pondrá en ello reparo.

ALAIDA. ¿Me conoce?

GINES. Ya le hablé
Dos ocasiones de vos,
Perdón, señora, que en pos....

ALAIDA. Yo te lo agradezco, vé.

ESCENA V

Alaida, Beatriz.

BEATRIZ. Y juzgais.....
ALAIDA. Esta ocasión
Juzgo, Beatriz, lo que debo.
BEATRIZ. Pero es que tiene razón,
Y á aseguraros me atrevo
Que eso no es vana ilusión.
ALAIDA. ¡Beatriz!
BEATRIZ. Sin duda ninguna.
ALAIDA. ¿Con que esto es enfermedad?
BEATRIZ. Es, señora, la verdad.
Rigores de la fortuna
En la pobre humanidad!
Son los astros....! cada ser
Tiene el suyo en su existencia:
Y sujeto á su poder
Está el dolor....
ALAIDA. ¿Y el placer?
BEATRIZ. También bajo su influencia!
O la poderosa zaña,
De algún malévolo influjo
Que al cuerpo y al alma daña,
O alguna otra causa extraña
Tanto malestar os trujo.
Hechicerías, no hay duda.
¿Quién contra ellas se escuda?
Y es fuerza que esa mujer,
Con su celeste poder
A conjurarlas acuda.
Hay algo más que pasión
En la rara situación

Que guardais; no es pára tanto....
(Se oye el preludio de una canción en el laud)

ALAIDA. (Interrumpiéndola y agitada.)
Escucha, escucha ese canto.

BEATRIZ. Preludia ya su canción.
¿Veis cómo á pesar de estar
La noche triste y oscura,
Ese hombre os viene á cantar?

ALAIDA. Va á empezar....ya va á empezar.

BEATRIZ. (Aparte.)
A acrecer su desventura.

ESCENA VI

Alaida, Beatriz.—Amorel fuera.

AMOREL. [Canta.]
"Ruge la tormenta
"Sopla el vendabal
"No importa, no importa si sale á su reja
"Mi pena á mirar."

"De negro noche, te vistes,
"De negro vistes, dolor:
"Que tristes están, qué tristes;
"La noche y mi corazón.
"Abreme tu puerta,
"Abrela, soy yo!
"Pero qué te importa, cerrada ó abierta.
"Me muero señora, me muero de amor!"
(Cesa el canto.)

ALAIDA. Lo oiste, Beatriz ¿lo oiste?
Dice que muere y yo muero,
Yo soy quien la muerte siento!
Yo soy la que está muriendo!

Quiero que cante, que cante.
¿Por qué calla? ¿Por qué el eco
De su voz á los espacios
Roba traidor el silencio?
Tal parece en este instante
Que de un sepulcro en el centro,
Vagando estoy, como vaga
La muerte en los cementerios.
¿Ya ves....? ya todo acabó:
Oye cómo zumba el trueno,
Y cómo azota la lluvia,
Y cómo se queja el viento!

AMOREL. (Canta.)

"Si quieres que llame
"Señora á tu puerta,
"Asoma tu rostro
"De cielo á la reja,
"A la luz del rayo
"Que relampaguea!" (Cesa el canto.)

ALAIDA. ¿Oyes Beatriz?....basta....basta....
No es posible, ya no puedo;
Si así lo quiere, que llame
Porque yo también lo quiero.

BEATRIZ. Señora....

ALAIDA. (Asomándose al balcón.)

¿No ves que pide
Posada y yo se la niego?
¿Yo he de negarle á mi amor
Abrigo bajo mi techo,
Cuando siento que en mi alma
Su imagen está viviendo?

BEATRIZ. ¿Pero y Robreño, señora?

ALAIDA. ¿Qué me importa á mí Robreño?

BEATRIZ. ¡Que él gobierna en el castillo!

ALAIDA. ¡Yo soy del castillo el dueño!
Yo quien manda y él quien debe
Obedecer.....

BEATRIZ. Eso creo.

ALAIDA. Y así será.....

BEATRIZ. Tal vez nó.
De aquel peregrino enfermo
Que pidió por una noche,
Una sola, alojamiento,
¿Olvidasteis ya la historia?
Yo no la olvido y áun pienso
Que esta vez....

ALAIDA. Calla, Beatriz.
Esta vez ya lo veremos!

BEATRIZ. Señora....

ALAIDA. (Laman á la puerta del castillo.)
Digo que calles....
Escucha....llaman....ó el viento....
Llaman....sí....tal me parece.
Que va á rompérseme el pecho,
Que á cada golpe de afuera
Siento otro golpe aquí dentro.

BEATRIZ. Tal vez Ginés....

ALAIDA. Que no venga!....
Hechizo ó encantamiento
Lo que sea....aunque yo muera
De dolor....! Nunca este anhelo
Quiero que acabe, Beatriz.
Soy tan feliz....! Mi tormento
Es mi dicha....sí....

ESCENA VII

Dichos, Ginés, Susana.

GINÉS. Señora....

SUSANA. Señora, que os guarde el cielo!

ALAIDA. ¿Esta es Susana? ¿Es posible?

SUSANA. Vuestras órdenes espero,
Seré dichosa si en algo
Serviros, señora, puedo.

ALAIDA. En tal noche....! (Aparte á Beatriz).
Oh! qué ansiedad!
Nadie llama. ¿Será cierto?
(Se asoma á la reja y después vuelve al proscenio, y tomando á Susana bruscamente de la mano la arrastra al proscenio y dice con exaltación:]
Oye tú, que tanto sabes,
Tú que del arte el secreto
Sorprendiste y que del alma
Adivinas los misterios:
¿Puede una pobre mujer
Noche á noche....acaso envuelto
En la lóbrega neblina,
O de la luna al reflejo,
O á la luz de las estrellas
Fingir que cruza á lo lejos
Cantando endechas de amores
Enamorado mancebo?
¿Puede por obra de hechizo
O de diabólico intento,
O por humana artimaña,
O por castigo del cielo,
Escuchar de sus canciones
Dulces notas, tristes ecos
Que encarcelan y esclavizen
Voluntad y pensamiento?

—Yo he visto ondear en los aires
La pluma de su sombrero,
Yo he visto los anchos pliegues
Flotar, de su embozo, al viento;
Yo casi he visto su mano
Del laud en el trasteo,
Arrancar de aquellas cuerdas
Ayes, gemidos, lamentos;
Y aunque no ví de sus ojos
La ardiente chispa de fuego,
Sentí su rayo en los míos,
Sentí en el alma su incendio,
Y sentí sus ilusiones
Y adiviné sus deseos,
Lloré con sus esperanzas
Y gemí con sus recuerdos.....! (Movimiento de Susana.)
(Alaida tapándole la boca con la mano.)
¡Calla! si vas á decirme
Que no es verdad, que es un sueño,
Que es mentira cuanto he visto,
Cuanto sentí, devaneo,
No se separen tus labios
El uno del otro..... ¡quietos!
Quiero vivir bajo el yugo
De soñar tan hechicero!
Nada me digas.....y.....vete! (Se oye llamar al zaguán.)
¡Pero nó!.... ¿No estás oyendo?
—Ginés..... al punto, ¡que abran!
Y por noble y caballero,
O por villano, es lo mismo,
Del puente aflojen los hierros
Y den paso á quien mi puerta
Toca esta noche....

GINES. Obedezco.

ESCENA VIII

Dichos, Robreño.

ROBREÑO. [Deteniendo á Ginés.]
¿Dónde vas Ginés?
GINES. A abrir (En la puerta del fondo, lo mismo que Robreño.)
Que lo manda mi señora.
ROBREÑO. [Adelantando al proscenio.]
No se abre á nadie esta hora. (Vése Ginés.)
ALAIDA. ¿Y quién lo puede impedir?
ROBREÑO. (Con tono altivo, pero respetuoso.)
En nombre de mi señor
Yo....! y el caso es bien sencillo.
Yo, que guardo este castillo:
Que soy su gobernador!
Nadie, señora, pasar
Podrá!.....
ALAIDA. Robreño, ¿te callas?
ROB. Sus fosos y sus murallas
Harán muy bien en callar.
—Mirad que no os hago ofensa,
Mirad que no os hize agravio
Y que desplegué mi labio
De mi derecho en defensa. [Se oyen rumores á fuera.]
¡Que rumor....!
ALAIDA. (Impidiéndole que salga y colocándose enfrente de él.]
¡Robreño, atrás!
ROB. Vos me impedireis acaso....
ALAIDA. ¡Ay de tí....si das un paso!
Ay de tí....si un paso das!
A mí....¡mis gentes!....á mí! (Alzando la voz.)
ROBREÑO. [Desenvainando el acero.]
¡Ved, señora, que batallan!

ALAIDA. Fosos y murallas callan
Cuando Dios lo quiere así....!

ROBREÑO. ¡Ginés!

ALAIDA. El fué....ya lo ves,
Mi mandato cumplirá.
—¡Ah! se acercan! ¡Vienen ya! Aparte.

ROBREÑO. (Haciendo un último esfuerzo para hacer á un lado á Alaida.)
¡Paso!

ALAIDA. No pasas. ¡Ginés! (Llamando.)

ROBREÑO. Tratando de ver desde el fondo el fin de la galería que se ilumina en este momento.
¡Con él viene un caballero!
Si aquí llega, por quien soy
Cumplo mi deber.... Que hoy
Ha de probar este acero.

ALAIDA. ¡Aquí mismo!

ROBREÑO. Aquí. De un tajo,
¿Qué fuerte roble no cae?

Aparece en este momento Ginés, Amorel y arqueros por el fondo

ESCENA IX

Dichos, Amorel, Ginés,

Arqueros, Escuderos, (con hachas y retrocediendo.)

ROBREÑO. Reconociendo á Amorel.
Amorel!

ALAIDA. Aparte á Beatriz.
¡Dios me lo trae!

ROBREÑO. Aparte, bajando la frente y el acero y con voz concentrada y ronca.
¡El infierno me lo trajo!

Amorel sin pronunciar palabra se adelanta y besa la mano de Alaida.—Talón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I

Susana y Ginés.

GINÉS. Hablando con mi señora
Le he dejado en el salón.
SUSANA. Me confirmo en mi opinión.
GINES. Si es así, sea en buen hora.
SUSANA. ¿Tardará?
GINES. Yo no lo creo.
SUSANA. O es que conoce mi intento.
Siempre piensa el pensamiento
A medida del deseo.
GINES. Podrá ser.... ¿tanto interesa....?
SUSANA. Sin hablar con él sería
Todo inútil, no podría
Dar salud á la condesa.
Y es preciso hablar hoy mismo
Con ese jóven doncel.
GINES. ¿Quereis que vaya por él?
SUSANA. Acercándose al balcón y mirando al cielo.

Ya del cielo el negro abismo
Comienza á desvanecerse,
Tal vez se marche en seguida
Y fuera ocasión perdida.

GINES. Que no debiera perderse.
Pero, decidme, Susana:
Si juzgais que mi señora
En ese galán adora....

SUSANA. Ya te dije que mañana
Podré juzgar con razón
Y plena seguridad,
Si es pasión ó enfermedad.

GINES. Enfermedad ó pasión,
De ello, sea lo que fuere,
Verla feliz es mi anhelo;
Dadle en este mundo un cielo
Si es que ella un cielo os pidiere!
En vuestra ciencia confío....
Vos encontrareis el modo!

SUSANA. Si tú me ayudas....

GINES. En todo.
Que te entrego mi albedrío.
De hacerla dichosa trato
Y su vida es lo primero.

SUSANA. ¿Si te mando morir?

GINES. Muero.

SUSANA. ¿Si te mando matar?

GINES. Mato.

SUSANA. Vé por él, Ginés, al punto
Y ten en cuidarte empeño;
No se aperciba Robreño,
Que está en guardia, de este asunto.
De él te esquiva.

GINÉS. Aquí esperad.

SUSANA. Espero aquí. Véte, pues,
Y el hado premie, Ginés,
Tu prodigiosa lealtad.

ESCENA II

Susana (sola.)

SUSANA. Sombra del conde de Ordaz,
Sombra de Lúcas Albor,
Que girais en deredor,
¡A entreambas, salud y paz!
Vuestra negra desventura
Mi razón hundió en la nada:
Deshace al fin la alborada
Tinieblas de la locura....!
¡Ah! vosotras me escuchais,
Me escuchais, estais aquí,
Que os siento cerca de mí
Y aun miro que me mirais.
Ya no estoy loca.... ¡ya nó!
Abrió la razón su broche
Y la luz de aquella noche
Mi cabeza iluminó.
Un lustro entero sin vida,
Un lustro entero de calma,
Sin pensamiento, sin alma,
¡Y con vida el homicida!
Señor conde, mi señor:
Lúcas, mi infeliz hermano,
Cada uno de una mano!
¡Así me dareis valor!
Así podré combatir
Y podré también triunfar!
Ya sé que voy á temblar

Cuando le sienta venir.
Oigo pasos.... ¿él será?
¡No os aparteis! ¡él es!.... ¡sí!
El es, Robreño.... ¡ay de mí!
Le reconozco...

ESCENA III

Susana, Robreño, en seguida Ginés.

ROBREÑO. (Desde el umbral en el fondo.)
¡Aquí está!
Al fin la encuentro, se aleja....
—Susana....Bá!....¡como siempre!
Siempre la misma Susana.
¿Huyes de mí? Me parece
Que esta vez vas á decirme
A qué has venido....¿Me entiendes?
Y si nó, ... (Descubriendo un puñalillo de corte y la amenaza.)

GINES. (Aparte)
¿Qué es lo que veo?
Lo sospechaba....

ROBREÑO. (Sin reparar todavía en Ginés.)
Que esperes
A que yo te hable es preciso.

GINES. Robreño, pues me parece
Que es inútil; no ha de hablarte
Frase buena, el tiempo pierdes,
Esa infeliz está loca.

ROBREÑO. Esa infeliz me comprende,
Y es inútil que me sigas,
Y es inútil que te quedes.
Parece Ginés que vuelas
Muy alto y te ensoberbeces,
Y me parece que un día

Y cuando menos lo pienses,
Te voy á cortar las alas,
Que en tan alto precio tienes,
Y enjaulado en una oscura
Mazmorra, hasta que se llegue
Tu último instante, por gracia,
Y eso porque no te quejes,
Te haré dejar una mano
Para que al cielo la eleves,
Los ojos para que llores,
La lengua para que rezes!
Véte al instante, Ginés,
En este momento, véte.
Y si no te vas al punto,
Haré que al punto te encierren.
¡Ira de Dios!

GINES. Obedezco (Alto.)
(Bajo) Yo estaré alerta.

ROBREÑO. ¡Obedece!

ESCENA IV

Susana, Robreño.

ROBREÑO. Sin hacer caso de Susana que pálida y aterrada estará de pié replegada contra la pared.

Vuelvo de nuevo á perder
Mi valor.....laten mis sienes
Como si algo en mi cráneo
Quisiera abrirse ó romperse!
Cuando miro á esa mujer
Tal parecen que me hieren
Sus miradas....Imagino
Que álguien de mí la defiende
Y que una sombra, un fantasma,

Algo que solo se siente
Y no se vé, se interpone
Entre los dos!—Vamos....fuerte
Fuerte, corazón, si luchas,
Si luchas ¡tú siempre vences!
Así....quieto.—Ese maldito
De Ginés la culpa tiene!
Ya pasó—¿Susana? oye: (Acercándose á Susana.)
Nada temas—Pues qué ¿crees
Que voy á matarte?

SUSANA. [Con indiferencia.]
Nó.
¿Matarme? ¿pues no me quieres? [Acercándose á Robreño cariñosa.]
¿No estás tú siempre conmigo?
¡Si tú eres Gabriel Albuernes!

ROBREÑO. ¿Yo? ¿Gabriel? ¿pues tú no sabes
Que murió?

SUSANA. ¡Gabriel tú eres!
¡Tú, tú eres!....niegaló!
¡No es natural que lo niegues....!

ROBREÑO. Gabriel murió, ya lo dije....

SUSANA. [Con acento lúgubre, pero sencillo.]
¡Pero si los muertos vuelven!

ROBREÑO. (Extremeciéndose.)
¡Que vuelven los muertos! ¡dale!
¿Qué dijiste? No te elejes....
(Parece que se me estanca
La sangre y que no se mueven
Mis pies). Acércate....mira (Enseñándole un bolsillo.)
¿Te acuerdas de Lúcas?

SUSANA. [Haciendo un supremo esfuerzo y con profundo desdén.
Lúcas....!
Lúcas....Lúcas ¿Lúcas Torres?

—¡Míralo....! (Volviéndose bruscamente y señalando hácia el fondo.)

ROBREÑO. (Con un movimiento de terror profundo.)

¿Quién?

SUSANA. Pues el mismo

El mismo Lúcas....ahí viene!

ROBREÑO. ¿Qué Lúcas?

SUSANA. El mayordomo.

ROBREÑO. ¿Lúcas Torres?

SUSANA. [Con mucha sencillez].

Ese....Ese....

ROBREÑO. Reponiéndose.

Ah! ¡Lúcas Torres!

SUSANA. Como si viera realmente.

¿Qué trae?

Por qué como un ébrio viene....?

Aguarda, míralo bien..... Agarra bruscamente y sin temor á Robreño de un brazo y le enseña al supuesto Lúcas.

Está herido....á socorrerle

Vé ¡desdichado....! La sangre

Se está escapando á torrentes

De su pecho.... ¡Y no se muere!

ROB. (Con extravío.)

Confunde á Lúcas con otro....

¡Con el otro Lúcas!

SUSANA. Cambiando de tono y con voz suplicante.

¿Quieres

Llevarme á mi casa? En ella

Podrás vivir....¿Y qué tiene?

Es un palacio, lo mismo

Que el palacio de los Reyes....!

Tan solo el conde de Ordaz....

ROB. Trémulo.

¡Calla, Susana!

SUSANA. No puede,

Si no puede hacerte nada!
Por qué tiemblas? ¿por qué temes?
Pálido como un espectro,
Como cadáver que vuelve
A este mundo, por las salas
De mi castillo se pierde!

ROB. ¿Pues vive?

SUSANA. No.... si no vive!
Pero es lo mismo...,¿Y qué tiene?
¡Pues qué! ¿No sabes, García,
Que los muertos se aparecen?

ROBREÑO. *(Sin poder ocultar su terror.)*
Yo no soy García....

SUSANA. ¿No?
¿No eres García? ¿Y quien eres?
Ah! *(Huyendo.)* Perdona *(Volviéndose)* Yo creí
Que eras tú, Robreño. ¿Entiendes?
Robreño, aquel Juan Robreño....
¡El matador!

ROBREÑO. *Cogiendo de un brazo á Susana.*
¡Basta, véte! *Arrojándole lejos de sí.*

SUSANA. ¿Que me vaya? ¿á dónde? ¡torpe!
¿Pues no es mi palacio éste?
Márchate tú.....Yo lo quiero!
O haré que de aquí te echen,
O haré que el conde de Ordáz
De una alta almena te cuelge;
Robreño dominado se va alejando y retrocediendo.
Que basta con que lo diga,
Basta que yo se lo ordene.
Así....! lejos....lejos....lejos....!
Robreño desde el dintel de la puerta del fondo.

ROBREÑO. Loca....Loca....¡Como siempre!

ESCENA V

Susana (sola.)

SUSANA. Será ocultarme razón:
Si ese tigre, por mi mal,
Vuelve en sí, sin compasión,
Va á clavarme su puñal
En mitad del corazón!
Mas ¿dónde me oculto? Allí.... Señalando la segunda puerta de la derecha.
En tanto vuelve Ginés,
Que debe volver por mí....,
—Oigo pasos.....él es....! sí. Se retira hasta el dintel de la referida puerta.
No. ¡Son otros! él no es!
Desaparece en el momento en que Amorel y Alaida aparecen por la primera puerta de la derecha.

ESCENA VI

Alaida, Amorel y Beatriz.

En el momento de aparecer Alaida y Amorel se oye de nuevo la voz de trueno.

ALAIDA. Oyendo el trueno.
¿Ya lo oiste? el viento arrecia,
Y la tormenta de nuevo
Sus negras alas extiende
Entoldando el firmamento!
AMOREL. Y en ese caso.....
ALAIDA. En tal caso.
Debeis quedaros más tiempo.
AMOREL. Si soy importuno.
ALAIDA. Nunca;

Sé que no pensais en eso,
Lo sé bien....

AMOREL. Alaida.....

ALAIDA. Aquí
Tomad desde luego asiento.

AMOREL. ¿Por qué quereis que me quede
Señora, si sufro y temo?
Sufro, pues quereis que calle
Lo que ya callar no puedo,
Y temo por el temor
Que me causa el ofenderos.

ALAIDA. Cantad....! del dulce laud
Escuchar las notas quiero,
Porque embelesan mi alma
Con misterioso embeleso.
Cantad....! que del cielo llegan
A refugiarse en silencio,
Al alcázar que les dais,
Alcázar de vuestro pecho,
Donde duermen entre flores
Tan hermosos pensamientos!

AMOREL. En él duermen, es así:
En él señora durmieron,
Hasta el día en que anhelaron
Penetrar por esos hierros,
Para ensalzar la belleza
De rostro tan hechicero;
Para alhagar vuestro oído,
Y herir con tristes acentos,
Alma que lo es de la mía,
Por ser su vida y su aliento!

ALAIDA. Cantad....!

AMOREL. Mientras tanto, lloro!

ALAIDA. Cantad....!

AMOREL. Mientras tanto, muero!
Dadme una sola esperanza,
Una sola de ese cielo
Donde hay una sola estrella,
Donde hay un solo lucero!
De ese cielo, un girón puro
De su azul que me deis quiero
Para vivir menos triste,
Para morir más contento! Se sientan juntos en un diván.
Donde hay un sol que no es ese
Que ilumina el Universo,
Donde no hay más que dos almas
Confundiéndose en un beso.
Así miradme, señora,
Con esos ojos, más negros
Que mi desdicha, y ardientes
Como el fuego en que me quemo!
Miradme! si así bajais
Los párpados, ya estoy ciego.
¡Todo es tinieblas en torno,
Porque en tinieblas me veo!
¿Moveis el trémulo labio?
¿Llevais vuestra mano al seno?
¡Es que pugnan por salirse
Palabras y sentimientos,
Que espiran en la garganta,
Que se ahogan en el pecho!
¿Nada me decís? ¡Señora,
Ya lo veis! ¿á qué me quedo? Levantándose.
Si es lo mismo que esté cerca
Para vos, que el que esté lejos!

ALAIDA. No....quedaos....! ¡No os vayais!
Aun airado zumba el viento....

AMOREL. Volviendo á sentarse.

Alaida ¡cuánto os adoro!
Vos mandais, yo os obedezco.
¿Quereis que os diga un romance?

ALAIDA. Levantándose.

Ah! decidlo ¡sí!....¡lo quiero!

AMOREL. Pues bien, señora, sentaos.

ALAIDA. Vos mandais, yo os obedezco. Se sienta.

AMOREL. Colocándo cerca de ella, de pié ó sentado, como al actor le plazca. Pausa breve.

Berta vive en el castillo
De su abuelo Sancho Arlaza:
Berta tiene veinte abriles,
Ilusiones y esperanzas!
Con más belleza que un cielo,
De esos que los bardos cantan,
Y con ingenio y donaire
Y gentileza ¡y con alma!
Un alma que á nadie quiere,
Alma que el amor aguarda,
Porque siente y porque llora,
Porque sueña y porque ama!
¿A quién ama? ¡No lo sabe!
Una visión, un fantasma,
Nube que en los aires cruza,
Vela que en las ondas pasa,
Imagen de un pensamiento,
Gentil imagen gallarda,
Luz, cuando la luz se extingue;
Sombra si la luz avanza!
Y pone empeño en unirla
Con un conde, Sancho Arlaza,
Y ella sus desdichas llora
Y sus desventuras canta!
Recoge sus ilusiones

Y en su espíritu las guarda,
Y en su corazón también
Esconde sus esperanzas!
Berta obedece á su abuelo;
Sancho, una noche la casa;
Pero apenas se terminan
Las bodas, al conde llaman,
Le dan un pliego y se sale
De la Capilla sagrada.

Aparece en este momento por la segunda puerta izquierda Susana y se va acercando hasta colocarse entre los dos, cuando el diálogo lo indique.

Se oye un murmullo un instante,
Queda Berta al pié del ara;
Los circunstantes ansiando
Porque el conde vuelva callan,
Y allí se esperan y esperan,
Pero inútilmente aguardan!

ESCENA VII

Dichos, Susana.

(Continuando el relato se interpone entre los dos.)

ALAIDA. [Se pone de pié.]

SUSANA. El conde sale á la calle
Por una puerta excusa la,
Y por el balcón que queda
Tras de la capilla, salta
A la calle, al mismo tiempo,
Un hombre, con una daga
En la diestra mano y sigue
Al conde de Ordaz, que marcha
Con Lucas Albor, su criado,
Que esa ocasión le acompaña.

—Vamos, Lúcas, dice el Conde,
Vamos Lúcas, á tu casa,
Y allí me darás tu yegua,
Que en correr nadie la gana. . . .
—Señor, ¿es posible?
Es.
—¿En tal noche?
—Es mi desgracia.
El rey manda que me prendan
Y me ajusticien mañana,
Que un traidor me ha denunciado
Aunque es injusta la causa.
—¿Un traidor?
—Sospechas tengo.
—¿De quién?
De Fulano—Calla. . . .!
Y dijo un nombre—"Sospecho
Y con sospechar no basta"
Añade trémulo. . . .y llegan
De Lúcas á la morada.
Entra Lúcas. . . .queda solo
El de Ordaz; pero el que avanza
Tras él, cauteloso y fiero,
Alza el brazo torpe, y clava
Su puñal una y dos veces.
Una y dos. . . . ¡y por la espalda!
Sale Lúcas con la yegua
Que no está ni enjaezada,
Y apenas sale en el pecho
El mismo puñal le clavan!
¡Con sangre que fué del amo
Mezclan su sangre!—y callada
La boca, hasta el suelo rueda
Como su señor, sin alma!

ALAIDA. (A Amorel.)
En la Capilla entre tanto,
Los circunstantes aguardan,
No vuelve el conde, trascurre
Un día.... ¡y ciento se pasan!
Y de pena y de disgusto
Muere también Sancho Arlaza.
SUSANA. Y hay una infeliz mujer
Que lo vió todo, Susana,
Susana que hablar no pudo,
Que no puede.... que la garra
Del terror ata su lengua
Y le anuda la garganta
Y le turba el pensamiento
Y sus potencias embarga!
Huye el asesino.... Ella
Lo ha conocido.... ¡Le basta!
También rueda al suelo, allí
La encuentra la luz del alba;
Vuelve del desmayo horrible
Al rayo del sol, Susana,
Y ya no vé los cadáveres
Del Conde y de Lúcas. Nada ...!
Sólo dos charcos de sangre,
Dos enormes rojas manchas,
Que no se traga la tierra
Porque la tierra está harta!
Pierde la razón un lustro
O poco menos, Susana,
Vive loca....loca....loca....
Pero la locura pasa,
Y aquí está.... (Señalándose.)
AINIDA. ¿Quién es ese hombre?
AMOREL. Presto....¡dí! ¿cómo se llama?

BEATRIZ. (Que ha oído y callado hasta entonces, dice aparte:)
¿Qué enredo es este?

ALAIDA. (A Susana.)
Contesta.

AMOREL. [A Susana.]
¿No ves que aguaido y te callas?

BEATRIZ. (Aparte.)
Fuerza es que tenga Robreño
El hilo de esta maraña!
Vase cautelosamente por el fondo.

ESCENA VIII

Amorel, Alaida, Susana.

SUSANA. No he de decirlo....

AMOREL. ¿Y por qué?

ALAIDA. O dí que extrañas razones....

SUSANA. Impondré mis condiciones
Y mañana os lo diré.
Jurad en nombre de Dios, [A Amorel.]
Que habreis de matar al hombre
Que os designe con su nombre.
Jurad aquí.... ante los dos!

AMOREL. Si ese hombre es el homicida....

SUSANA. Será el mismo.... cierto.... ¡él!

ALAIDA. Jurad, jurad, Amorel.

AMOREL. [A Susana.]
Te lo juro por mi vida!

SUSANA. ¡Por Dios!

AMOREL. Por Dios y mi honor,

SUSANA. ¿Y si faltais?

AMOREL. Moriré.
Pues por mi vida juré.

SUSANA. Basta.... ya basta, señor.

AMOREL. Díme el nombre....
SUSANA. No, mañana.
ALAIDA. Puesto que así lo desea,
Está bien, Amorel, sea!
AMOREL. ¿Lo estais oyendo, Susana?
ALAIDA. (A Susana.)
¿Aquí vienes?
SUSANA. Vendré aquí.
Entonces ya sabré yo
Si vive el Conde ó murió!
AMOREL. ¿Ese hombre lo sabe?
SUSANA. Sí. (Susana se va.)

ESCENA IX

Amorel, Alaida.

ALAIDA. Oh! que triste situación
Amorel....
AMOREL. ¿Triste, la mía?
No hay dolor ni pena impía
Que no embargue el corazón, (Llevando la mano á su pecho.)
Tiene él tan profunda herida.
Que comparada con ella
¿Qué herida ha de hacerle mella?
¡Pobre corazón sin vida!
¿De qué le sirve latir
Si no hay otro que se esconda
En otro seno, y responda
A su amor....? ¿Eso es vivir?
ALAIDA. Eso no....
AMOREL. Vos lo sabeis,
Sin duda amais como yo!
¿Pero á quién?—Callaos.... ¡no!

No....! jamás me lo direis!
¿Decidme vos que á otro amais
Y que no por mí sufrís
El tormento que apurais?
¡Decídmelo!—Sí....yo quiero,
Yo quiero saberlo....¡Así
Os he de librar de mí!
Negro y oscuro el sendero
Me enseña la ruta inculta,
Va al abismo....iré yo mismo....
¡Sólo en tan lóbrego abismo,
Esta duda se sepulta!
Dónde ni pueda mirar
Ni un pedazo azul de cielo,
Donde esperanza y consuelo
El alma no pueda hallar!
Necesita mi dolor
Ese, para que sucumba!
¡Yo necesito una tumba
Para encerrar este amor!
—Ah! ¿me lo vais á decir

ALAIDA. Amorel....?

AMOREL. No por piedad,
A que esté para morir....!
Llevaré, que á tanto alcanza
La mágia con que os adoro,
Hasta el sepulcro, el tesoro
De esta engañosa esperanza!
Yo quiero aun por vos cantar
Al són del triste laud,
Tanta hermosa juventud....
¡Tanto aun me ha de cautivar!
Yo siento la inspiración
Que llega el alma á abrasarme,

No más con imaginarme
Que es vuestro mi corazón,
Que el vuestro, señora, es mío,
Y son míos sus enojos,
Y los rayos de esos ojos
Que esclavizan mi albedrío!
¿Conque si fuera verdad?
Por la vuestra y mi alegría,
¿Qué poder no ejercería
Mi alma en mi voluntad? (Pausa ligera.)
Ya lo veis! siempre el escudo
Del callar ante mi acento!
Siempre callado el aliento....
Siempre el labio....¡siempre mudo!
Y decís que soy feliz?

(Se oyen gritos y voces.)

ALAIDA. (Fijándose sorprendida en el ruido de adentro.)
¡Qué rumor!

AMOREL. (Contrariado y triste, profundamente triste; pero dominando su dolor.)
[Aparte.) ¿Por qué se niega?
(Alto.] Un rumor hasta aquí llega.
¿Qué ha de ser?

ALAIDA. Viendo á Beatriz que entra.
¡Ola, Beatriz!

ESCENA X

Dichos, Beatriz.

BEATRIZ. Asustada.
Señora....

ALAIDA. ¡Beatriz! ¿qué pasa?

BEATRIZ. Que en el patio del castillo,
Riñen Ginés y Robreño
Por dos bandos divididos.

El uno y el otro aguardan
Una señal, y los filos
De sus aceros el aire
Cortarán en sangre tintos!

ALAIDA. ¡Tal desacato....!—Esperad,

A Amorel que trata de ir á averiguar.

Amorel... —Mas ¿qué motivo
Los impulsa?

BEATRIZ. No lo sé,
Por más que aguzé el oído,
De imprecaciones y frases
Nada interpreté distinto,
Que las voces se confunden
Y se pierden en los gritos!

ESCENA XI

Dichos, Robreño. (Con el acero desenvainado.)

ALAIDA. Con grande indignación.
Robreño....¡Basta, Robreño!

ROBREÑO. Señora....acudo solícito
En busca de paz....no quiero
Que la sangre corra en ríos
Por las vetustas baldosas
De vuestro viejo castillo.
Mandad que salgan al punto
Sus huéspedes....y rendido
Pondré en vuestras nobles manos
Mi acero.—Y si por antiguo
Servidor vuestro Ginés,
Y tal vez por ser tan niño,
No paga con su existencia
Desafueros y delitos
Contra mi cargo y mi honra,

Cargado de fuertes grillos
En fría cárcel oscura
Encuentre justo castigo!

ALAIDA. ¿Terminaste? no sé cómo,
No lo comprendo ahora mismo,
No te he mandado arrancar
La lengua..... El acero indigno
Oculta, cese al momento
Ese tumulto.... A los míos
Entrégate prisionero
Por villano y por altivo.
Ni una palabra.... ni una!

ROBREÑO. Pues que cumplí como digno,
Basta, señora....

AMOREL. (Sacando la espada.)
¡Teneos!

ROBREÑO. ¿Vos? Salid ó ¡vive Cristo!
Que no podré contenerme
Ni por respeto á este sitio.

ESCENA XII

Dichos, Ginés (Con la espada desnuda.)

GINES. Perdón, señora, perdón,
Si osé sin vuestro permiso
Entrar con desnudo acero
Hasta aquí.... Mas he cumplido.
Un gran número de guardias
Contra vos alzando el grito,
Amotinados proclaman
A Robreño su caudillo....
Mas muchos de ellos atentos
A mi voz vuelven sumisos

A trataros como deben....
Fuerza es señora batirlos....

ROBREÑO. Entonces allí te aguardo! [Vase rápidamente.]

GINES. Vos, señor, vendreis conmigo. (A Amorel)

AMOREL. Con vuestra vénia, señora.
¡Vamos, Ginés!

ALAIDA. En Dios fío. [Vanse Ginés y Amorel.]

ESCENA XIII

Alaida y Beatriz.

ALAIDA. Ven, Beatriz á mi capilla.
¡Rogar al cielo es preciso!
¡Ay le mí! Si Amorel muere
(Se detiene un momento y dice.)
¡Ay de mí, si le he perdido!
¿Oyes? comienza la lucha:
Se apercibe el golpe frío
Del acero....sólo busca
Una vida el hierro inícuo
Qué arrebata!....y las víctimas
Todos son, súbditos míos!
[Aparte, poniendo la mano sobre su corazón para contener los latidos de su pecho.]
Cada golpe me parece
Que viene á herir en lo íntimo
De mi alma....¡es que amenazan
Con la muerte al amor mío!
Unidos están por siempre
Su destino y mi destino!
¡Ay, que su vida y la mía
Proteja el cielo benigno!

ESCENA XIV

Robreño, Susana.

En el momento de desaparecer por la segunda puerta de la izquierda Alaida y Beatriz, aparece Susana huyendo, como que viene del fondo, aterrada y con el semblante pálido y descompuesto; Robreño viene tras ella.

ROBREÑO. Aguarda....espera....que hay tiempo!
Ah! son muchos y bravíos
Los que mi causa defienden,
¡Muchos los que están conmigo!
Mientras ellos palmo á palmo
Se disputan un camino,
Aquí los dos nos veremos....
Tú conmigo y yo contigo....!
¿Con que no estás loca? vamos....
Ya sé que estás en tu juicio
Y lo que hoy tienes es miedo,
Como que me has conocido.
(El terror de Susana aumenta por grados.)
¡Como el Conde y como Albor
Vas á morir aquí mismo!

SUSANA. (Con temor pero con firmeza.)
Lo mismo que tú mañana.

ROBREÑO. A todo estoy decidido.
¿Quién va á matarme?

SUSANA. Amorel.

ROBREÑO. ¿Amorel? ¡No por Dios vivo!
Eso no será, Susana. (Reponiéndose.)
Dentro de poco rendidos
El y Ginés, han de verse
A mi mandato sumisos!

SUSANA. ¿Amorel? no le conoces,

Antes muerto, antes el filo
De su acero, dará cuenta
De su existencia. ¿Rendido?
¿Rendido Amorel? jamás,
No le conoces, te digo.

ROBREÑO. Vamos, despacha: si sabes
Rezar, reza. La has perdido.

SUSANA. (Con voz apenas intelegible.)
Socorro....

ROBREÑO. ¿Ves? Te sucede
Lo mismo que allá....lo mism
Se te anuda la garganta....
¡No llamarás en tu auxilio!
¡Cuando auxiliar no pudiste
Al Conde y á Lucas! Hijo
Del terror es ese horrible
Malestar que sientes, digo
Que rezes....

SUSANA. [Arrodillándose.]
No por piedad,
No me mates....

ROBREÑO. Oye....á gritos
Mi gente me llama....Basta....!
(Voces dentro.)
Robreño, Robreño....

ROBREÑO. ¿Oyes?
Cogiendo de una mano á Susana y sin soltarla hasta el fin de la escena.
Estar allí necesito;
¿Con que tú dirás mañana
El nombre del asesino?

SUSANA. Nó!

ROBREÑO. Me engañas.

SUSANA. Te aseguro
Que he de callar, que no insisto....!

ROBREÑO. ¡Mientes!

Voces dentro.

Robreño....! Robreño!

ROBREÑO. Dando una puñalada á Susana, váse precipitadamente.

¡Que nos confunda el abismo!

SUSANA. Cayendo al suelo.

Ah!.... Darás en breve cuenta
De tus crímenes. ¡Maldito!

ESCENA XV

Susana, Amorel

(Y soldados después cuando el diálogo lo indique.)

SUSANA. Arrastrándose y en las ansias de la agonía.

Socorro....nadie! no hay nadie,
Me parece que oigo ruído....
Que se acercan. No, no puedo....
¡Se oscurece en torno mío
Cuanto á ver alcanzo.....! ¡Ya
Nada más tinieblas miro!

AMOREL. Seguido de algunos soldados.

Amorel solo entra en la escena y los demás se quedan en la puerta del fondo.

Ah! Susana! A los soldados Por allí,
¡Por allí partir le han visto!
Buscadle por todas partes. Se van los soldados.
Y matadle si es preciso.

Baja al proscenio de nuevo y se arroja á socorrer á Susana.

Susana!....muerta....! Susana....!
Susana....¿no me has oído?

ESCENA XVI

Amorel, Alaida, Beatriz.

ALAIDA. Esa es la voz de Amorel.
¡Jesús mil veces! ¡qué miro!

AMOREL. Me parece que un suspiro
Ha exhalado.

ALAIDA. ¡Suerte cruel!
Susana!

AMOREL. Ya es vano empeño.

ALAIDA. Arrodillándose junto á Susana.
Susana! ¿quién mató al Conde?
Susana hace un movimiento.

AMOREL. ¡No responde!

ALAIDA. Sí, responde ...

SUSANA. Con voz apenas perceptible.
Robreño.

ALAIDA. ¿Lo oís?

AMOREL. ¡Robreño!
¿Y él también aquí te hirió?
¿No respondes ya? Es seguro....
Amorel se levanta y dice.
¡Pero matarlo te juro!
¡Te lo juro....ó muero yo!
Amorel sale rápidamente del escenario. Alaida y Beatriz junto del cadáver en actitud conveniente.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala cuadrangular del castillo, á la derecha dos puertas y á la izquierda otras dos, puerta en el fondo.—Mesa-escritorio y sillones de la época.

Beatriz, Robreño.

BEATRIZ. No me queda duda alguna
¡Y lo que os afirmo es cierto.
ROBREÑO. ¡Con que tanto lo ama!
BEATRIZ. Tanto.
ROBREÑO. ¿Segura estás?
BEATRIZ. Ya lo creo.
ROBREÑO. Y á comprender no llegó
La falacia de tu intento?
BEATRIZ. Halagué sus ilusiones,
Halagué sus pensamientos,
Uní mi llanto al copioso
Raudal de su llanto acerbo:
Buscó apoyo, le dí apoyo:
Consuelos, le dí consuelos:
Y enzalsando de Amorel
El ingenio y el talento,
Cosa fácil, pues le sobran
El talento y el ingenio,

Hablándole de sus penas
De su constancia y su empeño,
Revelóme sus desdichas,
Sus angustias, sus ensueños,
Y sorprendí uno á uno
Sus más ocultos secretos.
¿No es esto serviros bien?
Pues devolvedme á mi Diego,
Sabeis que hace ya cinco años
Que en la cárcel vive preso,
Vos me ofrecísteis salvarle.
¡Madre soy, por él mintiendo
Lealtad, traicioné á mi dueño!
De otro modo no lo hiciera;
Y puesto que el triunfo es vuestro....

ROBREÑO. Aun nó....tan sólo una tregua
Dimos al combate....

BEATRIZ. Pero...

ROBREÑO. Ni te inquietes ni receles:
Nada temas, triunfaremos,
Y romperé las prisiones
De tu hijo infeliz, de Diego.

BEATRIZ. Está bien....

ROBREÑO. Otro servicio.

BEATRIZ. Con temor.
¿Otro?

ROB. ¿Tiemblas?

BEATRIZ. Sí tal, tiemblo,
Ya no quiero más traiciones,
Y no es no más que no quiero,
Es que las juzgo imposibles,
Es que no, que ya no puedo.

ROBREÑO. ¿Traiciones? No por mi vida,
Ya no se trata de eso.

BEATRIZ. ¿De qué pues?
ROBREÑO. De cosa fácil,
Así lo juzgo á lo menos:
Quiero hablar á la condesa.
BEATRIZ. ¿Y eso es fácil? No lo creo.
ROB. Le suplicas.
BEATRIZ. Es inútil.
ROB. Rogarás.
BEATRIZ. Inútil ruego.
¡La conoceis!
ROB. La conozco.
BEATRIZ. Vano será todo empeño.
ROB. Y ¿si se trata, Beatriz
De su amor?
BEATRIZ. Entonces.....
ROB. Pienso
Que si de su amor se trata,
Podrás Beatriz....
BEATRIZ. ¿Y qué es ello?
ROB. Dile que yo, de Amorel
Guardado tengo un secreto:
Que yo le he de revelar
Lo que sé de ese mancebo,
Que á su porvenir importa,
Que importa á su vida!
BEATRIZ. Bueno.
Basta..... ¡Yo sé lo que os digo!
¡Con eso basta!
ROBREÑO. Pues dejo
A tu labio lo demás,
Que ya sé bien que es discreto.
BEATRIZ. Idos, idos que ella viene.
¿Aquí mismo?
ROBREÑO. Allá te espero

Dentro de un instante ¿sabes?
Por aquel portillo estrecho
Que hasta aquí conduce

BEATRIZ. Cierto,
Ya lo sé.

ROB. Que Dios te guarde.

BEATRIZ. Que Dios os guarde, Robreño.

ESCENA II

Beatriz, (después Alaida.)

BEATRIZ. ¡Mire libre al hijo mío
Y que me perdone el cielo,
Que si es inmensa mi falta
También mi amor es inmenso!
¿Qué será? Tal vez no sea
La verdad.....tal vez artero
Y astuto, ese hombre me engaña
Y miserable instrumento
Seré yo de su falacia
Y de su instinto perverso!....

ALAIDA. Sin hacer caso de Beatriz.
Ni un instante de reposo
Ni un instante de sosiego....!
Para esta inquietud del alma
Todo es mezquino y estrecho,
Parece que del espacio
Es cárcel el firmamento,
Y que sus muros azules
Se desploman en mi pecho!
Aire, luz, calor y ambiente,
Todo busco, todo anhelo,
Todo es vigor el espíritu,
Es todo impotencia el cuerpo;

Y es que es amor, miedo todo,
Todo miedo de perderlo,
Es Amorel que peligra
¡Y es espantoso este miedo!
¿Beatriz?

BEATRIZ. Señora.

ALAIDA. ¡Allí estabas!
Dí ¿qué causa ese silencio?
Me figuro que le matan
Si oigo chocar el acero,
Y si callan me imagino
Beatriz mía, que le han muerto!
¿Ya ves? pasó la tormenta,
(Se acerca al balcón mirando por él.)
Limpio y azul está el cielo;
Parece que aquellas sombras
Parece que aquellos velos,
Que aquel negror....¡Han venido
A refugiarse en mi pecho,
Y en él la tormenta ruje,
Desesperada, en su centro!

BEATRIZ. Es que treguas á la lucha
Por unos instantes dieron.

ALAIDA. ¿Quién te lo dijo?

BEATRIZ. Lo sé.

ALAIDA. ¿Quién te lo dijo?

BEATRIZ. Robreño.

ALAIDA. ¿Y dónde has hallado á ese hombre?

BEATRIZ. Aquí....

ALAIDA. ¿Qué me estás diciendo?

BEATTIZ. Aquí mismo.

ALAIDA. ¿Y cómo vino?

BEATRIZ. Un pasadizo secreto....

ALAIDA. [Interrumpiéndola.]

¿Y aquí vino? ¿A qué ha venido,
Y cuál es Beatriz su intento?

BEATRIZ. Diz que á hablaros.

ALAIDA. Y tú ¿dueña?....

BEATRIZ. Le escuché temblando Nécio
Le dije que era su afan,
Que era un absurdo su empeño.
E insistió!...

ALAIDA. ¡Por vida mía!
¿Insistió?

BEATRIZ. Sin tregua y terco.

ALAIDA. No prosigas....

BEATRIZ. Eso mismo
Le decía y él fingiendo
Desdén, compasión, y á veces
Indiferencia y desprecio,
Al hablarme de un peligro (Movimiento de Alaida.)
Que amenaza á ese mancebo....

ALAIDA. (Interesándose por grados.)
Prosigue Beatriz.

BEATRIZ. Lo mismo
Le dije yo, cuando oyendo
Tales palabras, quería
Que interponiendo mis ruegos,
Le concedieseis, señora,
Una audiencia.....

ALAIDA. Y bien ¿qué es ello?
¿Dijo qué peligro es ese?
¿Te lo dijo? ó cuando menos....

BEATRIZ. "Dile que importa á su vida"
Dijo, y era en tal extremo
La expresión de su semblante,
Y tan sombrío su acento,
Que imaginé que veía,

Como se mira en un sueño,
Lívido al mozo gallardo,
El semblante cadavérico,
Manando sangre á torrentes
La ancha herida.

ALAIDA. ¡Calla!

BEATRIZ. Y luego....

ALAIDA. ¡Calla!

BEATRIZ. Que traidora mano
Sólo aguardaba el momento
De una señal....

ALAIDA. Ni un segundo,
Ni un segundo más, el tiempo
Pierdas, corre.... ¿Dónde, dime,
Puedes hablar á Robreño?

BEATRIZ. El, señora, por si acaso
Vos queríais, el sendero
Me trazó.... Ya habeis pensado....

ALAIDA. Nada, Beatriz, nada pienso.
Hablaré con él ¿qué importa?
Escucharé su deseo;
Mas no le digas Beatriz
Que yo por él me intereso.
¡Por Amorel! ¿me comprendes?

BEATRIZ. Ya, señora, ya comprendo.
¿Si quereis?

ALAIDA. ¡Ni una palabra!
¡Y ve pronto y vuelve presto!

ESCENA III

Alaida (sola.)

ALAIDA. Duda cruel, indefinible,
Que en mi espíritu te agitas,
Interna voz que así gritas,

Fantasma del imposible!
¿Qué sois tinieblas, si os veo
Cuando ante mí se levanta,
Con el temor que me espanta,
La imagen que es mi recreo?
¿Qué sois cuando llega y hiere
Del dolor la aleve hora
Cuando la suerte traidora
Arrebatármelo quiere?
Entonces, imagen mía,
Ante mí, tú sola avanzas,
Y ahuyentan las esperanzas
Mi negra melancolía.
Entonces te siento en mí
Palpitar con vida nueva,
Y parece que te lleva
Mi anhelo, su frenesí.
Parece que en mis enojos
Te infunde mi pensamiento,
Todo el calor de mi aliento,
Toda la luz de mis ojos.
Y que acercándote vas
Hácia mí, gentil lucero,
Más hermoso y hechicero
Mientras que te acercas más.
Y en la luz que te rodea
Para que yo no recuerde
Mi dolor, todo se pierde
Para que sola te vea....
Sola, imagen celestial,
Cielo en que vivir ansío....
Pues por tí no más, bien mío,
Quisiera ser inmortal! (Aparece Ginés.)
¡Ginés, el cielo te envía....!

ESCENA IV

Alaida, Ginés.

GINES. No es el cielo, es Amorel.

ALAIDA. (Sin reflexionar y dejándose llevar del sentimiento de la pasión que la domina.)
Es lo mismo el cielo que él!

GINES. Mandad, pues, señora mía,
Que él de vos manda saber
Si estais tranquila....

ALAIDA. (Con arrebato.)
¡Que nó!
Ni he de estar tranquila yo,
(Conteniéndose y disimulando.)
Mientras no mire volver
A los que luchen por mí
De vida y contento llenos,
Por valerosos....por buenos....
¡Y por que lo siento así!
(Instante de pausa.)
Ginés ¿me quereis servir?

GINES. Yo siempre os serví, señora,

ALAIDA. Es un servicio el de ahora,
El que te voy á pedir,
Distinto de los demás.

GINES. ¿Pedirme? Eso es ultrajarme,
Podeis, señora, mandarme;
Pero pedirme....¡jamás!
Una vida dióme Dios
Que he puesto á vuestro servicio,
¡Más me diera en beneficio
Y fueran más para vos!
¿Qué quereis?

ALAIDA. Que venga aquí.

GINES. ¿Amorel?
ALAIDA. Que venga quiero.
GINES. ¿Que yo lo traiga?
ALAIDA. Lo espero.
GINES. ¿Es al punto?
ALAIDA. Al punto, sí.
GINES. ¿Lo exigís?
ALAIDA. Es exigencia.
GINES. Es que su honor....
ALAIDA. ¡Por su honor!....
GINES. (Señalando el exterior de la fortaleza.)
Si hay peligro....
ALAIDA. Lo hay mayor.
GINES. ¿En su vida?
ALAIDA. En su existencia.
GINÉS. ¿Aquí ó allá?
ALAIDA. ¡Más, allá!
GINES. ¿Allá más peligro?
ALAIDA. Pues.
GINES. Entonces....
ALAIDA. Vuela Ginés.
GINES. [Dudando.]
¿Vendrá?
ALAIDA. Sin duda vendrá. [Vase Ginés, foro izquierda.]
Vendrá porque ha de venir
Y adivinará mi intento,
Que esto mismo que yo siento
Esto mismo ha de sentir.
(Aparece Beatriz que entra por el foro, derecha.)
¡Ah, Beatriz! ¿Tú?

ESCENA V

Beatriz, Alaida.

BEATRIZ. Yo, señora.

ALAIDA. ¿Le hablaste?
BEATRIZ. Forzoso era
Pero también es forzoso
Que espereis.
ALAIDA. Puesto que es fuerza
Esperaré....¿No te dijo?....
BEATRIZ. Nada, nada....que se acerca
El último encuentro, que él
Decidirá de la empresa,
Y que es necesario, añade,
En tal sitio su presencia.
De un lado de la muralla
Se miran las sombras fieras
De los soldados que mandan
Ginés y el otro....Más cerca,
Donde está Robreño, vénse
Tal como fantasmas negras,
Los insurrectos soldados
Que con el traidor pelean.
¡Todos descansan! De pié
Sólo están los centinelas;
Uno y otro bando, temen
Derrepente la sorpresa,
Y cautelosos aguardan,
Y prevenidos esperan!
Parece que ni uno ni otro
Dar quiere tregua á la tregua,
Y se bruñen los aceros,
Y el rudo valor se alienta,
Y se dá pasto al encono,
Y recuperan las fuerzas....
¡Y del uno y otro lado
Los cadáveres se ostentan!
Yo los he visto, señora,

Como informes masas negras
Al fulgor de los hachones,
A la luz de las estrellas,
Sobre las rojas baldosas
Donde la sangre se orea!

Alaida ha escuchado con indiferencia y preocupada, la relación anterior.

Alguien viene, si es Robreño....

ALAIDA. No es Robreño....vete....espera
En el cercano aposento,
Beatriz.

BEATRIZ. Si quereis que vuelva....

ALAIDA. Vete ya! (Váse Beatriz, primero derecha.)

ESCENA VI

Amorel, Alaida.

ALAIDA. [Viendo entrar á Amorel.]
¡Gracias al cielo!

AMOREL. El me permite que os vea!
Me mandasteis que viniera.

ALAIDA. Es verdad, que os interesa.

AMOREL. Más triunfar de esa canalla
Que se alista á la pelea.

ALAIDA. Más el salvaros.

AMOREL. ¿A mí?

ALAIDA. Más salvar vuestra existencia.

AMOREL. La salva el destino mío
Que así quiere que padezca,
Pues me oculta su esperanza
Y su sonrisa me niega!
Valiera más que muriese:
Que morir más me valiera
Que importunaros, acaso,
Con mis dudas y mis quejas!

Ya lo veis, á pesar mío,
De nuevo ante vos comienzan,
Que ante vos desesperado
Rompe el amor sus cadenas....
Sus blancas alas agita
Y aletea en torno vuestro
Y gira y gira sin tregua
En interminable vuelo!

(Se oyen los primeros rumores del combate, que continuarán hasta que el diálogo lo indique.)

¿Ya veis? Comienza la lucha
Alaida, ¿lo estais oyendo?
Una palabra siquiera
Antes de partir, espero....
Que sois vida de mi vida,
El aliento de mi aliento.

ALAIDA. Ah! callad, perdón os pido
Si en oirlos me embeleso,
Olvidando que os llamé
Para otro asunto.

AMOREL. Sí, pero....
¿Pero no me respondeis?
¿No llega hasta vos mi ruego?

ALAIDA. Amorel, sé que os traicionan.

AMOREL. ¿Quién me traiciona?

ALAIDA. Robreño.
Tal vez en amiga mano
Se oculta el puñal artero.

AMOREL. (Haciendo ademán de retirarse.)
Señora....perded cuidado,
Cada golpe de esos hierros
Me parece que pronuncia
Mi nombre....! que yo no debo
Estar junto á vos, que es fuerza

Seguir luchando con ellos;
Siento, señora, que tiembla
El gavilán de mi acero....

ALAIDA. Pues no os ireis, Amorel.

AMOREL. Que yo no vaya....?

ALAIDA. Os lo ruego.

AMOREL. ¿Rogarme vos que me quede?
¿O estoy loco ó es que sueño?

ALAIDA. Ni uno ni otro.

AMOREL. ¡O vos dormís!

ALAIDA. Jamás durmió más despierto
El triste espíritu mío,
Que por vos teme desdichas
Que no se temen durmiendo!

AMOREL. (Desesperado.)
Señora, señora mía,
Unico bien que yo anhelo,
Ved que me llama el combate,
Ved que también me estais viendo
De tal modo, que en los rayos
De esos ojos, siento presos
Con el amor de mi alma,
Voluntad y pensamiento!
Dejadme.

ALAIDA. No he de dejaros....

AMOREL. Tened piedad.

ALAIDA. No la tengo,
Que antes la tengo de mí,
Que en no tenerla, yo pierdo!
—Amorel!

[Alaida cambia de tono súbitamente porque oye pasos.]

AMOREL. [Sorprendido.]
¿Qué os pasa?

ALAIDA. (Corre á cerrarle la puerta del fondo.)

Pronto!

¡Idos....!

AMOREL. (Viendo cerrada la puerta por Alaida que la tiene sujeta.)

¿Dónde?

ALAIDA. Señalando la segunda puerta derecha.

A ese aposento!

AMOREL. Si he de marcharme, señora,
Ha de ser donde los nuestros
En su ardiente sangre tintos
Rodando caen al suelo!
Oigo pasos....

ALAIDA. Es verdad,
Ya se acercan. Idos presto!
¿Quereis que me mire sola?
¿Sola, en poder de Robreño?

AMOREL. Lleno de gozo.

¿Robreño? ¿Es él?

ALAIDA. Idos....Idos.

Amorel dirigiéndose á ocultarse.

¡Allá estoy!

ALAIDA. Abriendo la puerta á punto que Robreño llega.

¡Gracias al cielo!

ESCENA VII

Alaida, Robreño.

ROBREÑO. Al entrar.

Dos palabras nada más,
Que no he de perder el tiempo!

ALAIDA. Habla y mide tus palabras.

ROBREÑO. Más que medirlas, mi pecho
Guardarlas pudo en su abismo
Eternas noches sin sueño,
Eternos días más largos

Y más que esas noches, negros.
Con este aspecto de hiena,
Con este sombrío aspecto,
Tuve, señora, un amor,
Amor, así....¡como el vuestro!
El era toda mi vida,
Mi alegría, mi universo....!
¡Con todas sus flores, tierra,
Con todos sus astros, cielo!
¡Alina!—Así se llamaba
La que me dió todo eso!
Vió á Alina el Conde de Ordaz,
La amó loco....la amó ciego....
¿Amor....? infamia....torpeza....
Seducción y devaneo;
Que arrebatómela un día
Para abandonarla luego.
Ella murió de dolor
Pero yo....¡seguí viviendo!
Siempre junto al Conde, siempre,
Siempre á su lado contento!
Os vió... os amó, su amor
Era esta vez verdadero,
Otro nunca concibió
Más puro, ni más inmenso.
¡El único de su alma....
Debía ser el postrero!
Contra el Rey induje al Conde,
Y él y otros nobles soberbios,
Determinaron matar
Al monarca. Tuve un pliego,
En mi poder. Y entre tanto,
Que el Conde, de su himeneo
Preparaba en este alcázar

El altar y los festejos,
Oculto emisario mío
Llevaba al rey el proyecto
De sus altivos vasallos.
¡Y el Conde de Oroz entre ellos!
Y en la noche de su boda,
Del furor del Rey huyendo,
Salió de aquella Capilla
Donde vos estábais.... Eso,
Vos lo sabeis....

ALAIDA. También sé
Que vos....le matásteis luego.

ROBREÑO. Lo herí....

ALAIDA. Lo matásteis.

ROBREÑO. ¡No!
Lo herí, señora, en el pecho.
Yo le ví rodar al polvo,
Le ví inmóvil en el suelo,
Pero no encontré, señora,
Su cadáver, cuando lleno
De ventura, al otro día
Del alba al primer reflejo,
Yo mismo con la justicia,
Volví al lugar del suceso.
Sólo el cadáver de Albor
Estaba allí....¡sólo un muerto!
Y ví lo que no miró
La justicia....ví un reguero
De sangre que se perdía
A pocos pasos....Y entiendo
Que el Conde de su letargo
Mortal, á poco volviendo,
Logró escapar....

ALAIDA. ¿Vive entonces?

ROBREÑO. ¡Y que viva es mi deseo!
Y cuando sepa, señora,
Que le arrebató Robreño
Su tesoro.... su alegría,
Su ventura y su embeleso,
Que como fué de Alina, yo
Soy de Alaida único dueño!

ALAIDA. ¿Qué dice este hombre?

ROBREÑO. ¡Y no os amo!
¡Ni os amo ni os aborrezco!
¡Tampoco él amaba á Alina!
Tampoco la amaba, es cierto,
Pero era mi Alina, y vos

Aparece Amorel pálido y con el acero desnudo.

¡Sois su Alaida! ¡Ira del cielo!

Viendo aparecer á Amorel.

¡Amorel!

AMOREL. Del cielo es la ira
No lo dudeis, por él vengo.
¡En nombre del cielo mismo
Me llego hasta vos, Robreño!
Murió el Conde, ó no murió,
Eso, después lo sabremos;
Pero vos podeir contaros
De seguro entre los muertos!

Esto lo ha dicho cerrando con llave la puerta del fondo. Robreño demudado, con los brazos cruzados lo vé cerrar sin moverse, sin tocar siquiera el puño de su espada.

ESCENA VIII

Amorel, Alaida, Robreño.

ROBREÑO. ¡Que no fuerais vos, plugiese
Al cielo, altivo mancebo!

No anduvierais tan despacio,
Ni mis brazos sobre el seno
Se cruzaran; ni estuviera
Como estais viendo este acero
Colgado de mi cintura,
Sin voz y sin movimiento!

AMOREL. Es que sois cobarde.... Es
Que teneis miedo.

ROBREÑO. ¿Yo, miedo?
¿No me vísteis batallar
Toda la noche? ¿No es cierto?
¿No me visteis acudir
Sereno y firme al encuentro
Del peligro?

AMOREL. Pero siempre
Miserable, de mí huyendo!

ROBREÑO. ¡Me insultais!

AMOREL. Mientras no mire
En vuestra mano ese hierro,
Para insultaros me estais
Dando sobrado derecho!
¿Juzgais acaso que voy
A asesinaros?

ROBREÑO. ¡Prefiero
Que me mateis! Un instante
Dejad que piense, mançebo,
Qué debo hacer....

AMOREL. Combatir.

ROBREÑO. ¿En este trance supremo?....

AMOREL. Vais á obligarme á mataros.

ROBREÑO. Esperad....oid.... Un momento [Pausa ligera.]
Crecísteis en una choza,
A la orilla de un sendero,
Al pié de montaña agreste

Y de una villa no lejos.
A rezar os enseñó
Catalina.—Juan Perreño,
Os puso en la diestra mano
Por vez primera el acero.
A domar aquel trotón
Que era del color del cuervo,
Os adiestró Juan Martínez,
Que fué jinete muy diestro.
Tres veces cada semana
Ibais al curato luego,
A aprender del señor cura
La ciencia en sus libros viejos.
Y aprendísteis á trovar
O no lo aprendísteis, que eso
Dicen que nadie lo enseña,
Porque eso viene del cielo.
No lo sé; mas desde entonces
Del blando laud al eco,
Cantas romances que dicen
Que maravillan por bellos,
Y que adormecen por dulces,
Y que encantan por lo buenos.

AMOREL. Callad....

ALAIDA. Seguid....

ROBREÑO. Sé también
Que de la noche el silencio,
Turbais con esos cantares
Que cantan el sentimiento!
Que vivís desesperado,
Que el dolor os roba el sueño
Y que á veces el dolor
De tal manera es intenso,
Y tan hondo y tan profundo

Y tan rebelde y tan fiero,
Que llorais como los niños
Aunque no lloreis lo mesmo!

AMOREL. Callad.....

ALAIDA. Seguid.....

ROBREÑO. También sé
Que álguien veló desde lejos
Siempre por vos. Que una noche
Cuando os estabais volviendo
Al hogar; lóbrega noche
De lóbrego firmamento,
Os asaltaron tres hombres,
Que rendisteis á dos de ellos,
Y cuando ya á vos, rendido
Iba á heriros el tercero,
Tal vez de muerte, Amorel,
Un hombre, de entre lo denso
De la tiniebla, alargando
Con esta mano este acero,
Logró herir, y herir de muerte,
No sin luchar por lo menos....
Vos lo vísteis, largo tiempo!

AMOREL. ¿Vos? Callad!

ALAIDA. Seguid....

ROBREÑO. También
Sé que llevais en el pecho
Pendiente de una cadena....

AMOREL. ¡Oh, callad! ¿Vos sabeis eso?

ROBREÑO. La mitad de una medalla.

AMOREL. Que mi mismo padre al cuello
Me colgó....sí....

ROBREÑO. Con la Virgen
Del Pilar en el anverso.

AMOREL. Y del otro lado.

ROBREÑO. Apenas
Inteligible, un letrero.
AMOREL. ¿Y sois vos, por vida mía,
Poseedor de mi secreto?
¿Y la otra mitad?
ROBREÑO. (Sordamente)
Aquí. (Llevando la mano al pecho,)
¡La otra mitad yo la tengo!
AMOREL. Vos.... ¿Habeis dicho que vos?
ROBREÑO. (Arrancando del fondo de su ropilla la mitad de una medalla.)
Miradla....!
AMOREL. (Uniéndola con el pedazo que se extrae también de su ropilla.)
Otra prueba anhelo.
ROBREÑO. ¿Otra prueba?
AMOREL. Otra y basta.
ROBREÑO. Es una bolsa de cuero....
AMOREL. (Sacando de su ropilla una bolsita cosida por los cuatro lados.)
¡Aquí está!
ROBREÑO. Pues bien, rasgadla
Del puñal con el extremo.
¿No os lo dijo Catalina
Cuando se estaba muriendo?
AMOREL. (Dominado.)
¡Es verdad....!
[Rasga con la punta de su puñal la bolsa y extrae un pergamino muy pequeño y doblado.]
ROBREÑO. Un pergamino
Está encerrado allí dentro.
AMOREL. ¡Es verdad....!
ROBREÑO. ¡Un nombre escrito!
AMOREL. El de mi padre.
ROBREÑO. ¡Leedlo!
AMOREL. (Vacilando.)
¿Es el de mi padre?

ROB. Sí.

¿Ya lo leísteis?

AMOREL. (Tratando de leerlo.)

No veo.

ROB. [Tomando la luz de sobre la mesa y alumbrando.]

¡Yo mismo os daré la luz!....

Dí....¿qué dice?

AMOREL. (Leyendo y soltando la espada que rueda al suelo.)

¡Juan Robreño! (Pausa.)

¡Padre!.... ¡mi padre!....señor....

Idos....Idos....os lo ruego!

Porque he jurado mataros

¡Y yo mataros no debo!

ROB. ¿Y á quién hiciste, Amorel,

Díme á quién, el juramento?

AMOREL. Señor....

ROB. ¡Me lo has de decir!

AMOREL. Señor....

ROB. Yo quiero saberlo.

AMOREL. [Con brusco movimiento se dirige á la puerta segunda izquierda y abriendo sus dos hojas, deja ver, se supone, por la triste luz que sale del aposento, el cadáver de Susana.]

Pues bien ¡mirad!

ROB. ¡El cadáver

De Susana!

AMOREL. En el momento.

De espirar....

ROB. Tú lo juraste!

AMOREL. Lo juré....

ROB. (Mostrándole el pecho.)

¡Cumple! Del suelo

Toma, Amorel, esa espada.

AMOREL. ¡Idos, señor!

ROBREÑO. Hiere, quiero

Que encuentre el conde, al venir,
De mí, tan sólo mis restos.

AMOREL. ¿El conde vive?

ROBREÑO. ¡Tal vez!

ALAIDA. ¡Todo es dolor y misterio!

AMOREL. Idos, padre....! Idos de aquí;
De otra manera no puedo
Responderos de mis actos,
De mis hechos responderos!
Parece que estais contando
A Alaida vuestros proyectos,
Y que desde allí os escucho [Señalando al aposento en que estuvo aguardando durante la escena anterior.]
Y desde allí estoy oyendo. (Recoge su acero.)
¡Parece que se me olvida
Que sois mi padre y que pierdo
La memoria....y que mi labio
Pronuncia sus juramentos,
Y que á una espantosa lucha
A invitaros va de nuevo!
Oíd... ¡ya no se oye nada!
¡O Ginés triunfó ó los vuestros!

ROBREÑO. Como saliendo de un hondo letargo.
¡Es verdad..... ¡El triunfo es mío!
No lo dudes....pronto vuelvo!

AMOREL. ¿Cómo se llamó mi madre?

ROBREÑO. ¡Alina!—Espera Amorel.
¡Condesa, ya nos veremos!

ESCENA IX

Alaida, Amorel.

AMOREL. Se acerca lentamente á Alaida, pero antes cierra la puerta con llave y deja una espada sobre la mesa y desenvaina su puñal.
Alaida, mi bien, mi amor,

Ya lo ves.... ¡no lo sabía!
¡También á la madre mía
Hirió en el alma el dolor!
Me arrastran de un mar las olas
A mi destino inmutable,
Permíteme que te hable
Como cuando te hablé á solas,
Con esa misma llaneza
Que en mis trovas cuando canto
Cuando acude amargo el llanto
A anegarme en su tristeza.
De ese hondo mar no es posible
Contener el fiero empuje....
Al fin la tormenta ruge
Incontrastable y terrible.

ALAIDA. ¿Qué vais á hacer?

AMOREL ¡Morir!

ALAIDA. ¡Nó!

AMOREL. Tal parece que despierta
De su letargo esa muerta Señalando á Susana.
"Si él no muere, muero yo,"
Así le dije.... Cumplir
Es necesario, alma mía.
¡Y yo que vivir quería!
¡Yo que anhelaba vivir!

ALAIDA. ¡Amorel!

AMOREL. ¡Ay! Además,
¿Dónde mi dicha se encierra?
¡Cuánta flor cría la tierra
Y tú ninguna me das!
¡Cuántas promesas el pecho
Guarda de amor y alegría....
Pero tú....tú, prenda mía,
Ni una promesa me has hecho!

Cuando en la noche al espacio
Tienden las almas el vuelo,
¡Cuántas estrellas el cielo
Guarda en su inmenso palacio!
Y no me dijistes no,
Cuando las vimos brillar:
"Allí te voy á esperar
Si antes que tú, muero yo!"
Nada mi bien, me dijiste
Que halagara mi tormento,
Por eso muere contento
Quien ha vivido tan triste!
Mas ya que cercano estoy
De la fría sepultura,
Ya que á prisión más oscura
Eternamente me voy,
Dime una frase que iguale
De un beso al dulce embeleso,
Que una frase es como un beso
Cuando del alma se sale.
Una palabra no más,
Una que lo diga todo:
Pero dímela de modo
Que no la olvide jamás.
Una que borre el dolor
De tanto incesante anhelo....
¡Una que me lleve al cielo
Desde el cielo de tu amor!

Amorel levanta el brazo para herirse. Alaida lo detiene, arrojándose sobre él.

ALAIDA. Amorel, dadme ese acero....!

Amorel alejándose de ella.

Nó! Responde á mi reclamo.
¡Adios, Alaida... !

ALAIDA. Desesperada y con voz apenas perceptible.
¡Te amo!
¡Amorel, vive! No quiero,
No quiero que mueras, no!
AMOREL. Repíteme, te lo imploro,
Lo que dijiste.
ALAIDA. ¡Te adoro! Tocan á la puerta.
Oye....llaman!
AMOREL. Abstraido y aparte.
¡Morir yo! Vuelven á llamar.
ALAIDA. Llaman....
AMOREL. Abre...
ALAIDA. No he de abrir
Si tú no vienes conmigo.
AMOREL. Que abras, Alaida, te digo....
Aparte. (Es necesario morir.)
Alto. No acrecientes los enojos
De mi destino cruel.
ALAIDA. Estoy leyendo, Amorel,
En tu frente y en tus ojos,
Sobre una nube sombría
Con tu desesperación,
La espantosa decisión
Que es tu muerte y es la mía.
Cumple....cumple ya la ofrta.
Juntos moriremos pues.... Sin soltar de la mano á Amorel.
GINES. Adentro. Abrid, señora.
ALAIDA. Alzando la voz.
Es Ginés.
Abre tú, Ginés la puerta.
Pedazos hazla....¡ay de mí!
El semblante de Amorel se descompone lentamente y en él se marca la firme resolución de morir y forcejea por desacirse de Alaida.
AMOREL. Es mi padre y yo no puedo
Matarle....

ALAIDA. Amorel, no cedo:
¡Pronto Ginés! Así.... Así....
Ginés salta en pedazos la puerta y entra.

ESCENA X

Dichos, Ginés y Beatriz (Que acude al ruido.)

AMOREL. Tras de sí viene. ¿No es cierto?
A Ginés que trata de aclarar la situación.
Susana.... voy!

ALAIDA. (Impidiendo con su último esfuerzo que Amorel se quede libre.
Desvaría

AMOREL. A Ginés.
¿Viene?

GINES. ¿Quién?

ALAIDA. A Ginés.
¡Oh, suerte impía!
Robreño....!

GINES. Con solemnidad.
¡Robreño ha muerto!

AMOREL. Volviéndose bruscamente y amenazando á Ginés.
¿Y tú le mataste?

GINES. ¡Yo!

AMOREL. ¿Riñiendo contigo?

GINES. Sí.

AMOREL. ¡Que si nó....!

GINES. Así le herí,
Que de otra manera no.

ALAIDA. Tu daga esconde, Amorel,
Que ya en paz Susana duerme!

GINES. A Alaida.
Robreño espirante, inerme,
Para vos me dió un papel.
Dijo que leerlo no quiso,
Que en él una mano escribe
Si el Conde vive ó no vive.

AMOREL. Conmovido y ansioso.

Leédlo Alaida....es preciso,

Alaida tomando el papel y adelantando un paso la rompe.

¿Qué haces?

ALAIDA. ¿Qué me importa á mí
Que viva ó no viva el Conde?

GINES. Señora....

AMOREL. Alaida, responde....

ALAIDA. Quedo á Amorel.

¿No ya todo te lo dí?

Arrojando al suelo los pedazos del papel que le entregó Ginés.

AMOREL. Con acento apasionado y lleno de gratitud.

¡Alaida!

ALAIDA. (Llevándoselo aparte y en voz baja.)

¿Contento estás?
Tu afán por siempre concluya
Si mi alma es libre y es tuya,
¡Qué me importa lo demás!
¿No te dí mi vida entera?
(A Ginés.) ¿Qué rumor?

Desprendiéndose de Amorel y dejándose caer desmayada de fatigada en un sillón.

GINES. [Adelantándose.] La gente es
Que viene hácia aquí....

AMOREL. Ginés.
¡Has que se detenga fuera! Váse Ginés.

AMOREL. Cerrado la puerta del fondo.

ESCENA XI

Amorel, Alaida.

(Amorel se acerca á Alaida y contemplándola con intensa mirada de amor se arrodilla á sus piés tomándole la mano y diciéndole:)

Cesaron ya tus enojos....
Ahora sí luz de mis ojos,
Ahora sí. ¡Ya soy feliz!

FIN DEL ACTO TERCERO.